

Sobre inquietudes y exámenes

JOSÉ SEBASTIÁN CARRIÓN GARCÍA

Por diversas circunstancias que se aliaron en su contra, mi padre no tuvo acceso a la enseñanza oficial más allá de los 9 años. En el seno de una familia humilde, vivió la mayor parte de su infancia y adolescencia entre el esfuerzo físico y un prematuro sentido de la responsabilidad. Su primer contacto con el mundo exterior se produjo a raíz de la aventura romántica de la guerra civil a la que tuvo el dudoso privilegio de asistir como voluntario en la milicia republicana a la edad de diecisiete años. Experimentó el dolor de la derrota en un campo de concentración y la marginación de la postguerra con una familia a la que alimentar y en un contexto socio-político nada ventajoso. No tuvo tiempo ni espacio para proyectar su capacidad intelectual más allá de la presión que ejercen los instintos de supervivencia y protección de la prole. Mi padre, no obstante, ha llegado a ser un hombre magnífico. Poseedor de un espíritu inagotable, puede escribir sonetos de un ingenio extraordinario y leer con visión crítica ensayos políticos que resultarían inaccesibles para muchos licenciados universitarios.

En Amsterdam, esa ciudad donde cualquier encuentro es posible, conocí a una mujer de Bulgaria que compartía antepasados judíos, gitanos y españoles. Creciendo en la frontera de muchos mundos, entre la superstición y las viejas costumbres, jamás fue a la escuela. A sus 33 años todavía sostenía que la arqueología era un sacrilegio, pero era capaz de hablar en búlgaro, ruso, inglés, francés, alemán, italiano y algo de árabe. Vivía pintando y traduciendo textos para hombres de negocios, leía de forma incansable y era una ajedrecista consumada. Su inquietud resultaba aparente a la más leve aproximación.

Mi profesión me ha llevado a la enseñanza universitaria en la Facultad de Biología de Murcia. Desde una perspectiva *amateur*, pocos dudarán que el primer contacto con la biología resulta embriagador a primera vista y suscita multitud de interrogantes. Sin embargo, yo diría que hay dos preguntas que prevalecen por encima de las demás entre el alumnado de nuestra facultad: En las clases teóricas, «¿qué entra para el examen?» y en las prácticas, ¿qué hay que observar? Curso tras curso, he visto como las condiciones de los exámenes marcan las pautas del esfuerzo que se ha

de realizar. Más tarde o más temprano, los alumnos acaban por establecer un sólido principio de economía en el estudio.

Año tras año he visto derrumbarse las personalidades más apasionadas por la actividad científica bajo el peso de los apuntes, la banalidad de tantas lecciones magistrales y el absurdo de un sistema evaluativo que se nos ha quedado viejo. Generación tras generación he contemplado impotente como se esfumaban la curiosidad y la capacidad de asombro. Y en mayor o menor grado, la mayoría de los docentes nos sentimos responsables y, a la vez, contagiados por el pesimismo que invade las aulas.

Tomemos un ejemplo cotidiano: los exámenes. No hay nada que revele con más claridad que no confiamos en la eficacia de la enseñanza que estamos

Generación tras generación he contemplado impotente cómo se esfumaba la curiosidad. Y en mayor o menor grado, la mayoría de los docentes nos sentimos responsables y contagiados por el pesimismo que invade las aulas

impartiendo. Los exámenes son la demostración más evidente del reconocimiento de nuestro fracaso global. Es cierto que se nos impone la evaluación, pero si no la habilidad en la captación de conceptos, al menos sí el estímulo y cierto rendimiento personal deberían estar garantizados por el sistema lectivo. Y sin embargo, el fracaso universitario (que arroja estadísticas alarmantes) enraíza más cerca

de la falta de inquietudes que de la ineptitud particular.

La comunidad universitaria española exhibe una abrumadora ambivalencia afectiva: los cambios se desean, pero cualquier medida tendente a modificar el entorno conocido es siempre contemplado con sospecha, temor o indignación. Aparte de ello, el asunto es que no necesitamos reformas al estilo político habitual, sino una profunda revolución de ideas en torno a nuestro sistema educativo. No hay por qué buscar paraísos perdidos, ningún procedimiento sublimará esa necesaria realidad diaria de esfuerzo, ese imperativo de sacrificio que se requiere para edificar un carácter. No estamos para construir genios, fabricar grandes poetas o garantizar el Nobel. Pero sí podríamos hacer algo más por facilitar el desarrollo de la intelectualidad en un entorno de estímulo y satisfacción.

*José Sebastián Carrión García
es Profesor de la Facultad de Biología*